

torescos, y rodeada de un cerco de vegetacion lozana. Nó: la bella Italia no pudo parecer tan bella desde los altos Alpes á los ojos ambiciosos de Anibal y Napoleon, como la encantadora Méjico al entusiasmo de Hernan Cortés cuando se le ofreció con la novedad de la creacion, al trasponer la sierra por entre los dos magníficos volcanes, puestos allí por la mano de Dios como para alumbrar con su eterna blanquísima luz el gran valle del Anahuac. Hoy las aguas se van retirando y la vegetacion consumiéndose, y la ciudad fija su planta sobre un terreno más firme, que dá indicios, sin embargo, del primitivo

dominio que sobre él ejercieron los lagos. Gran parte de la hermosura antigua ha desaparecido en consecuencia, sin que se haya reemplazado por un esmerado cultivo; pues es visto que los mejicanos han heredado de los españoles su incuria en el trabajo, y su poca afieion á los esplendores de la naturaleza. Tal es hoy la metrópoli de los aztecas, la ciudad predilecta de Hernan Cortés, la ostentosa córte de los vireyes de Nueva España; la que acaba de recibir con palmas y con flores, con aclamaciones de júbilo entusiasta al restaurador de la República.

HISTORIA DE MÉJICO.

PRIMERA PARTE.

DESDE LA CONQUISTA POR HERNAN CORTÉS (1521) HASTA LA GUERRA DE INDEPENDENCIA (1810).

CAPÍTULO PRIMERO.

PRIMEROS HABITANTES.

Preliminares.—Los toltecas.—Los chichimecas.—Los aztecas.—Primeros reyes aztecas.—Motezuma I.—Organizacion militar de los aztecas.

I.

La historia antigua de Méjico, anterior á la conquista de Hernan Cortés, se compone de dos periodos distintos, ó por mejor decir fraccionados: el primero, que se refiere á la dominacion de los *toltecas*; el segundo, que abraza el poderío de los *aztecas*; entre éstos y aquellos hubo una época intermedia bastante oscura y mal caracterizada, la de los *chichimecas*, que fué de corta duracion. Arrollados éstos por los aztecas se retiraron hácia las montañas de Tlascála, en número bastante considerable para formar una nacion poderosa, bajo la dependencia del imperio azteca; son los *tlascaltecas*, adversarios temibles de Hernan Cortés al principio, sus amigos y auxiliares despues por ódio á sus opresores y por el deseo de venganza.

Eran los *toltecas* de una raza benévola, pero dotada de una gran actividad y de un espíritu emprendedor é infatigable. Establecieron la metrópoli de su imperio en Tula, nombre que le dieron en memoria de la region misteriosa llamada *Tullan*, que segun sus tradiciones les habia servido de cuna. En concepto de Mr. Alejandro Humboldt, observador sagaz y profundo, así de los hechos políticos y sociales como de los fenómenos de la

naturaleza, la forma de gobierno de los toltecas y su organizacion social demuestran que descendieron de un pueblo que habia experimentado ya grandes vicisitudes en su desenvolvimiento. Lo que parece indudable es que ellos fueron los primeros que llevaron al valle del Anahuac los primeros gérmenes de civilizacion, y los que dejaron grandiosas construcciones, comparables sólo con las de la India y del antiguo Egipto. Se les atribuye la fundacion de las grandes pirámides que subsisten todavía en el territorio mejicano: la de San Juan de Teotihuacan, y la de Cholula, que servia de sosten al templo de Guetzacoal, el dios de los aires.

Muy diverso fué el carácter de los aztecas; sombríos y severos hasta la crueldad, pronto dieron suelta á sus instintos sanguinarios, é impelidos por el espíritu de dominacion y de conquista organizaron sólidamente su imperio que abarcaba inmensos territorios, y fundaron la opulenta y magnífica Tenochtitlan, sobre cuyo solar se asienta la moderna Méjico. De la doble influencia de los toltecas y aztecas, provino la civilizacion mejicana, tal como se presentó á los conquistadores españoles. El estado social de los aztecas en la época de Motezuma, ofrece disparidades extrañas y contradicciones increíbles: costumbres suaves mezcladas con prácticas de barbarie; lo bello y gracioso unido á lo terrible y repugnante; y para decirlo de una vez, los sacrificios humanos y los festines de caníbales asociados al culto de las flores, á sentimientos caballerescos, y á ceremonias

llenas de nobleza y de elegancia. Tan profundas huellas debió dejar la civilización azteca, que ni tres siglos trascurridos, ni la diversidad de creencias religiosas, ni la brusca transición de un régimen social á otro, han podido modificar por completo la índole y el carácter del pueblo mejicano. Bajo el aspecto moral, los indios y criollos de hoy, ofrecen los mismos contrastes que los antiguos aztecas.

Era su imperio el poder preponderante del país, y había llegado á su mayor desarrollo de fuerzas, de conquistas y de opulencia, cuando el Destino le puso en manos de un puñado de españoles, guiados por un caudillo intrépido, que fueron allá en alas del proselitismo religioso. Considerada la conquista de Méjico bajo el punto de vista del valor intrínseco de los acontecimientos, no hay suceso histórico con que compararla, como no sea la invasión del Asia por Alejandro el Grande, ó la fundación de las colonias portuguesas en la India. La conquista de Méjico es una verdadera epopeya, donde aparecen mezclados grandes acontecimientos con tiernos episodios, rasgos de incomparable grandeza con actos de crueldad refinada, batallas sangrientas con pacíficas fiestas ó con ostentosas ceremonias.

Habrà habido en el mundo hombres de tanto valor como Hernán Cortés y sus compañeros; pero de tan singular osadía, acaso no ha existido ninguno. En el breve espacio de treinta meses, el pequeño ejército, si tal puede llamarse, compuesto de 553 infantes y unos veinte caballeros, venció á los belicosos tlascaltecas, se apoderó de Méjico, y derribó el poderoso imperio de los aztecas, que más de una vez llevó al combate formidables masas de ochenta y cien mil guerreros. Quien haya leído las cartas que Hernán Cortés escribió á Carlos V, las relaciones de Bernal Díaz del Castillo, ó la obra de Solís, no podrá menos de admirarse al considerar las grandiosas proporciones con que se presentan los hombres y los acontecimientos; y cuando se reflexiona sobre los altos hechos de los españoles en aquella época gloriosa, se conciben las ficciones de los libros de caballería, y no causa extrañeza que las aventuras de andantes caballeros parecieran verosímiles á los descendientes de aquellos héroes.

Ni se sabe á cuál dar la preferencia, entre el cúmulo de incidentes y de sucesos que se suceden unos á otros, en proporción ascendente de importancia y dramático interés. El incendio de la flota; la prisión de Motezuma en su mismo palacio, en medio de sus guardias y en el centro de una capital adicta; la *Noche triste*, en la que los españoles estuvieron á punto de ser aniquilados; la batalla de Otumba; el singular combate librado sobre la plataforma del gran Teocatlí á cien pies de altura; el famoso *salto* de Alvarado; el arrojamiento de Montaña, soldado oscuro que asciende al encumbrado Popocatepetl, para bajar suspendido de una cuerda al fondo del cráter de 1.000 pies de profundidad; la resistencia de los habitantes de Tenochtitlan, que reprodujo el heroísmo de Sagunto y de Numancia, con otra multitud de maravillosos hechos que refieren los historiadores de aquellos tiempos, constituyen el argumento de esa magnífica epopeya de la conquista, desde el principio hasta el fin, desde el desembarco de Cortés hasta la toma de Méjico.

Pero no debe ocultarse la verdad, aunque la verdad oscurezca y empañe las glorias de la patria. La grandeza de Cortés y el esplendor de la conquista hubieran sido mucho mayores sin la intolerancia religiosa, la sordida avaricia y la crueldad refinada que los españoles desplegaron después de la victoria. Convertido el imperio azteca en colonia española, fué explotada por sus ávidos dueños, y durante tres siglos estuvo encorvada bajo el triple yugo del despotismo militar, del fanatismo religioso y del monopolio financiero, condenada á no producir por sí y para sí, languideciendo sobre un suelo fértil y bajo el más hermoso cielo de la tierra.

El estudio de Méjico bajo el régimen colonial, del estado de servidumbre á que quedarían reducidos los infortunados indios, y de la fatal política del Gobierno español en el largo período de nuestra dominación en Nueva España, ocuparán una buena parte de esta introducción. Con no menos detenimiento nos proponemos tratar el agitado período de la guerra de Independencia, desde aquel día en que el grito de libertad subió hasta el cielo desde las cimas del Anahuac.

Veremos entonces á los descendientes de los indios vencidos y de los españoles vencedores, salir de sus moradas para librar una guerra á muerte con los soldados de Fernando VII; veremos á los mejicanos, impedidos por el cruel genio de las represalias, desahogar sobre los españoles aquel odio hereditario, oculto durante muchas generaciones bajo la máscara de la obediencia pasiva.

De este gran movimiento revolucionario saldrá la emancipación de Méjico; pero con ella el abuso de la libertad, tan propio de los que nunca han disfrutado de su libre albedrío. Por mucho tiempo los vencedores se agitarán entre las dificultades del triunfo, entre la lucha de ambiciones particulares, entre los horrores de las guerras civiles; hasta que llegue el momento en que, viendo en peligro la República y amenazada su nacionalidad, hagan esfuerzos supremos para defender su libertad y sus instituciones. El éxito ha coronado esos esfuerzos: la República queda restaurada; Juárez acaba de entrar triunfante en Méjico. Si la crisis por que acaba de pasar el pueblo mejicano le sirve de enseñanza; si los hombres que lo rigen se inspiran sólo en su patriotismo; si saben prescindir de sus ambiciones personales, nunca mejor ocasión que ahora para afirmar las instituciones democráticas y para cerrar el período constituyente. Vuelvan sus ojos los mejicanos á los Estados Unidos, que les enseñarán el secreto de su prosperidad y engrandecimiento, y á establecer un Gobierno apoyado sobre la instrucción y el patriotismo de las masas, sobre la abnegación personal de los jefes y la saludable eficacia de las leyes.

II.

Desde los tiempos más remotos, Méjico estuvo, según los datos que nos merecen más fé, habitado por un gran número de tribus compuestas de diferentes razas. Entre las más antiguas, pueden citarse los olmecas ó hulmecas, que se estendían hasta el golfo de Nicoya y Leon de Nicaragua, los jicaltecas, los cores, los tepanecas, los tarascecas, los miztecas, los tzapotecas, y los otomitas ú otomies.

Según una antigua tradición, los olmecas y los jicaltecas, que habitaban las llanuras de Tlascála, subyugaron á su arribo á aquel país, una raza de gigantes, cuya creencia, según Humboldt, está fundada en haberse encontrado en las cimas de varias montañas, especialmente en las del Anahuac, multitud de restos fósiles de algunos elefantes y otros animales de gran corpulencia. Del período anterior á la emigración de estas tribus á las tierras que hoy comprende la República de Méjico, nada nos dicen las tradiciones de aquel país.

Los toltecas, salidos en el año 544 de la era vulgar del país llamado Hue-Hue-Tlapallan ó Tlapallan, dicese que arribaron por los años de 644 á Tollantzinco, en el país de Anahuac, y unos veinte años más tarde (670) á Tula.

La venida de los toltecas á este país, supónese que la motivaron las condiciones altamente desfavorables de la comarca que en un principio ocupaban, tanto por el clima, cuanto por lo improductivo de aquel terreno, y la dulzura y fertilidad que ofrecían en cambio, las tierras del Anahuac. Así es que los toltecas, á pesar de la heroica resistencia que naturalmente opusieron los primitivos habitantes del Anahuac, lucharon sin descanso hasta conseguir su instalación en un país, que por su clima y por su riqueza, ofrecía tantas ventajas á sus moradores.

Vienen, por lo tanto, á ser hoy los toltecas para los mejicanos, lo que los pelagos para los italianos. Así es que aquella tribu se considera, como tantas otras cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos, como la más culta y la más civilizada de cuantas han ocupado en la antigüedad el territorio mejicano, y como el único pueblo á que Méjico es deudor de los primeros elementos de civilización y de progreso.

Entre otros varios que se ocupan de la mencionada tribu, puede citarse á Boturini, el cual afirma que los toltecas poseían grandes y vastos conocimientos que difundieron por el Anahuac, según se encuentra en las leyendas y tradiciones de los aztecas y otros pueblos sucesores, conformes todos en considerar los tiempos de los toltecas como los siglos heroicos del Anahuac, más allá de los

cuales, la civilización era completamente desconocida en aquella parte de América.

Esta tradición, que con tanto empeño se ha defendido y aún defiende por algunos, dista mucho, sin embargo, de merecer el asentimiento unánime de los historiadores, acordes en su mayor parte en que la civilización de Méjico es muy anterior á la venida de los toltecas. Salidos éstos del Norte de América, en donde el estado de casi todos los pueblos que allí habitaban era, en punto á civilización, el más lamentable de cuantos ocuparon las vastas regiones del Nuevo Mundo, no es de creer, en efecto, que los toltecas trajeran á Méjico una ilustración de la cual ellos carecían, toda vez que no encontramos ni en la tradición ni en la historia del país que en un principio ocuparon, huella alguna de esa cultura de que nos habla Boturini. Debe admitirse, por lo tanto, que se remonte á una época más lejana la civilización de esta parte de la América; y en nuestro sentir, siguiendo la opinión más generalmente admitida, debió coincidir con la civilización guatemaliana ó mistecozapoteca, acerca de la cual se han ocupado con gran extensión varios y muy respetables historiadores.

No quiere decir esto que Méjico no sea deudor á los toltecas de muchos é importantes adelantos en las artes y en la industria. Este pueblo, como todos los que invaden un país más próspero y culto que aquel de donde proceden, debió identificarse con los indígenas, apropiándose sus creencias, sus hábitos, sus costumbres, todo, en fin, lo que constituía la manera de ser del pueblo invadido. Así es que á poco de la ocupación de Méjico por los toltecas, les vemos abandonar aquellos hábitos y costumbres salvajes de los habitantes del Norte de América, y dedicarse en cambio á la extracción y fundición de metales, á grabar sobre las piedras multitud de inscripciones simbólicas, á tallar las piedras preciosas, á facilitar por entre los bosques los medios de comunicación, y á levantar las pirámides gigantescas de Cholula, de Papautla, de Jochicalco, del Teotihuacan y de tantas otras que escitan, como las del Asia y del antiguo Egipto, la admiración de los viajeros.

La forma de gobierno que tuvieron los

toltecas, era igualmente de las menos imperfectas que por aquellos tiempos se conocían en América. Una especie de monarquía en la que el jefe de la religión desempeñaba un papel importantísimo, venía en último término á ser el gobierno del pueblo de que tratamos. Desde el año de 667 hasta 1052 en que concluye esta monarquía, no se cuentan entre los toltecas más que ocho reyes, lo cual se explica por las leyes del país. Según éstas, cada rey debía gobernar por espacio de cincuenta y dos años, y cuando la muerte de aquella autoridad ocurría antes de que se cumpliera la época en que debiera terminar su mando, se nombraba un consejo de nobles, y bajo una forma que se aproximaba bastante á las que hoy tiene el régimen constitucional, continuaba gobernando los Estados del difunto rey hasta tanto que se cumplieran los cincuenta y dos años que la ley establecía.

Muchas é importantes poblaciones fundaron también los toltecas en lo que hoy compone la República mejicana. Entre otras, se cita la de Tula, hácia la parte septentrional de Méjico, en la cual dicese que un gran astrólogo llamado Huematzin, compuso en 708 ó 728, y ayudado de los más ilustrados de aquel país, el famoso libro titulado *Teo-Amoxlli*, que venía á ser una especie de enciclopedia en que se trataba, y con bastante extensión, de la historia, de la mitología, del calendario y de las leyes más importantes de la nación.

La desaparición casi completa de los toltecas de Méjico, créese debida, según los anales del mismo país, á una terrible epidemia que convirtió en breve tiempo todo el Anahuac en un vasto cementerio. Las tres cuartas partes de la población, dicen los anales anteriormente citados, fueron víctimas de aquella peste mortífera, y los pocos que sobrevivieron, al ver desiertos los extensos campos del Anahuac, emigraron en su mayor parte al Yucatan, á Guatemala, á Cholula, Tlaximoloyan y otras comarcas vecinas, desapareciendo, por consiguiente, la nación de los toltecas.

III.

El Anahuac fué poblado más tarde por otras tribus, salidas también del Norte, y re-

lacionadas con la de los toltecas, entre las cuales se presenta, como la más numerosa y la que mayores elementos presenta para la historia y civilización de Méjico, la de los chichimecas, desde cuyo tiempo se continúa la antigua historia de esta nación, interrumpida por espacio de dos siglos.

Según varios escritores, entre los cuales se cuenta el crédulo Torquemada, esta tribu era de las más civilizadas de aquellas vastas regiones, y se componía de más de un millón de individuos, que en breve tiempo dieron un extraordinario impulso á la cultura y progreso de la nación formada por los toltecas. Pero otros datos, que merecen sin duda mayor crédito que los que aduce el historiador anteriormente citado, hacen ver que aquel número no pasaba de unos cuantos miles; que su civilización era tan escasa, que apenas daban señales de ninguna clase de conocimientos en las artes ni en la industria, y que en su mayor parte estos pueblos eran cazadores salvajes, sin otra ocupación que la rapiña y la devastación de los pueblos por donde atravesaban, con cuyos instintos, y arrastrados por el deseo de disfrutar del estado próspero en que sus hermanos los toltecas habían dejado algunas comarcas de Méjico, se dirigieron con sus mujeres y sus hijos al Anahuac, bajo el mando de su rey Jolotl, posesionándose de este país por los años de 1170.

Como quiera que esta tribu hablaba el mismo idioma que la de los toltecas, y en sus costumbres y hasta en sus creencias había grandes semejanzas, bien pronto una y otra se relacionaron y confundieron, perdiendo los invasores sus bárbaros instintos, y apropiándose las costumbres pacíficas y hábitos excelentes de trabajo del pueblo invadido.

El rey Jolotl fijó su residencia en Tenayuca, á unas seis leguas al Norte de Méjico, y allí estableció su corte, nombrando á los más valientes y á los más entendidos para la defensa de la nación y del trono. Las mejoras que durante este reinado se introdujeron tanto en las artes como en las ciencias fueron de tal consideración, que bien pronto el nombre del rey Jolotl fué conocido y admirado en todas las demás comarcas de aquella parte de América, y especialmente en el país natal del citado monarca.

Diversas tribus que como la de los chichimecas vivían en el Norte errantes y en un estado selvático y miserable, formando la nación llamada de los nahuatlacas, se reunieron en número de siete, y se pusieron en marcha hácia Méjico para ofrecerse á las órdenes del rey Jolotl. Estas tribus las componían, entre otros, los jochimilcas, los chalcas, tepanecas, tlascaltecas, y los aztecas ó mejicanos, debiendo estos últimos dar con el tiempo su nombre á una de las naciones más poderosas de América. El idioma de estos pueblos era el mismo que el de los toltecas; sus costumbres, como ya hemos anteriormente indicado, tenían muchos puntos de contacto; el culto que unos y otros tributaban se reducía á la adoración del sol; y tales semejanzas en sus creencias y costumbres, hicieron que el rey Jolotl les acojiese como hermanos, y que les permitiera extenderse por las riberas y los campos del Anahuac.

Las bárbaras costumbres de estas últimas tribus perdieron bien pronto su rudeza y su crueldad; y dedicándose al cultivo de los campos, á la explotación de minas y demás industrias conocidas en el país, y formando tantas nacionalidades cuantas eran aquellas tribus, aunque sujetas todas á la autoridad del rey, vióse en breve florecer la industria y la riqueza de aquellas comarcas de una manera sorprendente, y levantarse como por encanto las poblaciones de Jochimilco, de Chalco, de Tlascála, de Colhuacan y de Méjico.

IV.

Los aztecas ó mejicanos, que llegaron á ser más tarde los absolutos dueños de todo el Anahuac y á dar nombre, como ya hemos indicado, á la nación mejicana, estuvieron algún tiempo errantes por la ribera occidental del lago de Tezcuco, viniendo á reunirse después sobre las colinas de Chapultepec, de donde fueron espulsados por los habitantes de aquellas inmediaciones y obligados á buscar asilo en unas pequeñas islas que allí cerca había, á cuyo lugar dieron el nombre de Acocolio, que quiere decir, lugar de refugio. Por espacio de más de cincuenta años vivieron en este país en el mayor estado de pobreza y de miseria, ali-

mentándose únicamente con algunos peces, insectos y varias frutas y yerbas que se criaban en aquellas islas, y cubriendo sus ennegrecidas y tostadas carnes con hojas de *Palma palustris*. Todas estas privaciones, todas estas miserias, las sufrían sin embargo los mejicanos con el mayor placer, en cambio de la libertad de que gozaban en aquellas islas.

Varias tribus circunvecinas, entre otras la de los colhues, propusieron á los aztecas someterse á los jefes de cualesquiera de aquellos pueblos, ofreciéndoles en recompensa todas las ventajas y todas las comodidades que el país ofrecía; pero siempre los mejicanos prefirieron su pobreza y su miseria, á someterse á otro poder extraño á su tribu.

Los jochimelcas se decidieron al fin á arrancar á los aztecas la libertad tan querida y con tantos esfuerzos y penalidades conservada hacia ya bastantes años. Aquella tribu, una de las más poderosas de cuantas habitaban en el Anahuac, quiso estender sus dominios por el país de los aztecas y someterlos á la autoridad de sus ambiciosos é inhumanos jefes. La resistencia que opuso el pueblo invadido fué por demas tenaz y sangrienta; pero viéndose próximo á sucumbir ante el mayor número y bárbara fiereza de los jochimelcas, suplicaron al rey de los colhues que les favoreciese en aquella ocasión, prometiéndole en cambio pelear siempre por su pueblo, sin otro salario ni recompensa que la libertad.

Vencida con este auxilio la invasora y numerosa tribu, el rey de los colhues preguntó á los aztecas en dónde se encontraban los prisioneros que habían hecho en la pelea, y le presentaron grandes sacos llenos de narices y de orejas, advirtiéndoles el rey que para otra vez no olvidasen que quería hombres enteros y no fragmentos de hombre.

En gracia de la importante victoria que acababan de alcanzar los aztecas, determinaron ofrecer un sacrificio al dios de la guerra, para lo cual pidieron al rey algunos objetos preciosos que sirviesen de ofrenda. El rey, que frecuentemente se burlaba de las costumbres y de las creencias de aquella tribu, les envió un ave muerta envuelta en una tela tosca, y les anunció que para mayor solemnidad y pompa, asistiría él mismo á la ceremonia.

Reunidos todos los aztecas, y despues de danzar largo rato alrededor del idolo, presentaron cuatro prisioneros jochimelcas que hasta entónces habían tenido ocultos, y se disponían á inmolarlos á su dios de los combates. El rey, como todos los antiguos habitantes del Anahuac, no pudieron ménos de horrorizarse al ver la decision inhumana de los aztecas, y trataron de salvar á todo trance la vida á aquellos infelices prisioneros. Pero los aztecas, que no comprendían nada más grato á su dios que los sacrificios humanos, creen ver en esto una gran ofensa hecha al idolo que tanto reverenciaban, y se preparan, no sólo á inmolar las víctimas de los pobres jochimelcas, sino á todo aquel que de algun modo se opusiera á la práctica de su religiosa creencia.

El rey de los colhues, al ver la actitud feroz de los aztecas, desiste de su humanitario empeño, y manda á los demás habitantes del Anahuac que dejen terminar la ceremonia: los cuatro prisioneros fueron inmolados, en efecto, siendo éste el primer sacrificio humano que se había hecho en el Anahuac. Este y otros muchos actos de barbarie y crueldad de los aztecas, amedrentaron hasta tal punto el ánimo de su nuevo rey, que convencido de que aquella tribu no podría existir sino independiente y libre, y temiendo hasta por su propia vida, determinó dejarla otra vez en libertad, á lo cual precisamente se dirijian todas las aspiraciones de los aztecas.

Durante algun tiempo, esta tribu estuvo errante por las comarcas del Anahuac, viniendo al fin á establecerse en el lugar que hoy ocupa la capital del imperio mejicano, situada sobre un grupo de islas unidas al continente por tres calzadas, de las cuales ocupaba la principal una longitud de más de tres millas. Libres los aztecas, y temerosos de que otro pueblo viniera más tarde á robarles su querida independencia, se afanaron por el progreso y engrandecimiento del país en que se habían instalado, y viéronse, en efecto, levantarse en todo aquel territorio multitud de pueblos que ofrecían por su posición una gran resistencia á las tribus comarcanas, fomentarse rápida y prósperamente la riqueza y bienestar de aquellos habitantes, y aumentarse la población de un

modo considerable. La ciudad de Méjico, que en 1325 se componía de unas cuantas cabañas de juncos y de un templo de madera dedicado á Huitzilopochtli, nombre que los europeos han corrompido por el de Huichilobos y Vizlipuzli, contaba á fines de aquel siglo con un gran número de sólidos edificios en donde se albergaba una población harta numerosa y civilizada, si bien continuando, y con mayor frecuencia y barbarie, con los horrendos sacrificios humanos que ofrecían á su Dios Huitzilopochtli, y á otros varios ídolos á quienes igualmente prestaban adoración y culto.

El gobierno de Méjico hasta el año de 1352 fué aristocrático, componiéndole veinte nobles de los más ricos, más valientes é ilustrados del país. Las continuas disensiones y graves disgustos que llevaba consigo la elección de aquellos nobles, y el ejemplo de paz y de calma que les daban otras tribus del Anahuac que obedecían á un rey, decidió á los mejicanos á nombrar una autoridad suprema, cuyo nombramiento recayó en Acamapitrin, uno de los nobles más valientes y entendidos de aquel país, y perteneciente á la familia real de Colhuacan.

Siguió á este reinado el de Huitzilihuitl, durante el cual los aztecas extendieron considerablemente su territorio, internándose sin ninguna resistencia en el país de los tepanecas á causa del casamiento de aquel monarca con una hija del caudillo de esta tribu. Casado despues Huitzilihuitl con otra princesa, de la cual tuvo al célebre Motezuma I, consiguió igualmente ensanchar sus dominios y dar un gran impulso á las artes y á la industria.

V.

Varias y obstinadas luchas ensangrentaron el reinado siguiente de Chimalpopoca, á consecuencia de graves disensiones por la sucesión, entre los nobles de Méjico, de Texeneco, Chalco, Tequizquiac y otras poblaciones del Anahuac, dando por resultado el nombramiento de Itzcoalt, hijo de una esclava, por más que por esta circunstancia la ley le excluyese de la sucesión al trono. Las primeras disposiciones de este entendido monarca se encaminaron á procurar la reconciliación de los nobles entre sí, y la obediencia á su

autoridad de los demás pueblos, que en continuas guerras se destruían de una manera feroz y sangrienta; y cuando hubo en efecto atraído á su amistad y cariño al jóven hijo del último rey de Texeneco, á los bravos tascaltecas y á varios otros nobles, se dispuso enviar al rey de los tepanecas un numeroso ejército al mando del célebre Motezuma, proponiendo á aquel temible y poderoso monarca la terminación de las luchas entre uno y otro pueblo. La contestación del rey de los tepanecas fué amenazar con el exterminio del pueblo que Motezuma representaba, y decretar la muerte inmediata del emisario, viéndose este general obligado á huir precipitadamente de la presencia del rey para evitar una muerte cruel y segura.

Gran espanto produjo esta noticia en el ánimo de los mejicanos. El nombre de los tepanecas habíase ya hecho tan temible en todo aquel territorio, que una simple amenaza de aquel pueblo feroz y sangriento consternaba á la tribu amenazada. «¿Qué será de nosotros,—decía el pueblo mejicano á Motezuma y demás nobles,—si somos vencidos por los tepanecas? Volveremos á la esclavitud de ese pueblo déspota y cruel; y ántes que tal desgracia caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos, estamos dispuestos á derramar nuestra sangre: disponed de ella vosotros, insignes nobles: conducidnos al combate, y procurad vencer con nuestra ayuda á esa terrible tribu. Si somos vencedores, os prometemos para siempre nuestros servicios y los de nuestros hijos; cultivaremos vuestras tierras; construiremos vuestras casas; llevaremos vuestras armas y vuestros equipajes en todos tiempos á la guerra, y seremos, en fin, para siempre vuestros siervos.»

Esta oferta, hija del temor que los mejicanos tenían á la dominación de los tepanecas, fué, como más adelante tendremos ocasión de examinar, el primer fundamento de la esclavitud en América, que tantos y tan graves males ha traído hasta nuestros días, así en el Antiguo como en el Nuevo Mundo. La lucha entre las dos tribus vecinas fué encarnizada y sangrienta, quedando la victoria, despues de dos días de combate, en favor de los aztecas. Y aquí puede decirse se inaugura un nuevo período de prosperidad y de grandeza para el imperio mejicano, que en breve tiem-

po le trasforma por completo en su manera de ser político y social, aumentando de una manera considerable su territorio y su población con la conquista del país de los tepanecas y demás tribus á ellos sometidas. La corona de este respetable imperio fué dada por aclamación de todos al valiente Motezuma, el más digno por su valor y por su talento de ocupar tan elevado cargo. Su conducta, durante el periodo de su reinado, fué tan prudente y acertada, que el Anahuac llegó á ser objeto constante de la codicia de todos los demás pueblos, siendo esto causa de que Motezuma se viese frecuentemente obligado á defender con las armas aquel vasto y próspero territorio.

La muerte de Motezuma, acaecida en 1464, llenó de tristeza y hasta de temor al pueblo mejicano, que recelaba, á pesar de toda su grandeza, volver á ser víctima de alguna invasión de las tribus enemigas; pero ese temor desapareció tan pronto como fueron conocidas las dotes y la conducta de Axajacatl, sucesor y pariente del difunto rey. Axajacatl, en efecto, imitando y siguiendo los consejos de su antecesor, continuó sus conquistas hasta el Grande Océano, sometiendo á su corona el Estado de Tlatelolco y otra porción de ciudades marítimas, á la cabeza de las cuales se hallaba Tehuantepec; y de este modo Méjico, que á manera de la antigua Roma, nada quería que existiese independiente, sino que todo estuviese sometido á su poder, consiguió infundir por todas partes el terror y el miedo, y no había pueblo que no temblase al dirigirse sobre él las legiones de aquellos emperadores. Sólo así podría explicarse la prosperidad y extraordinaria grandeza de aquel imperio, que hácia el año de 1500 se extendía á las fronteras de Guatemala y Yucatan, sin embargo de las grandes dificultades que por el terreno y la ferocidad de los habitantes de aquellos bosques se presentaban á los mejicanos.

VI.

La organización militar de los aztecas se parecía en cierto modo á la de los ejércitos feudales de la Edad Media. Un imperio que tuvo las armas en la mano desde su origen hasta su caída, debió poner el estado militar

en primer término. La jerarquía y la composición de los ejércitos aztecas, no se conocen sino de una manera imperfecta: únicamente se sabe que todos los grados estaban reservados á la nobleza; que estaban mandados por diversos generales de grados diferentes que se distinguían unos de otros por plumas, cascos y armaduras particulares. Un general en jefe tenía el mando supremo. En cuanto al reclutamiento, era muy sencillo, puesto que se derivaba del principio de que todo hombre que pudiera combatir, debía ser soldado. Los jefes ó señores feudatarios, y los príncipes aliados, debían suministrar cierto número de hombres y marchar á su cabeza, en el momento en que fuesen requeridos. No había, por lo tanto, ejércitos permanentes.

Las armas de los aztecas, como las de otros pueblos de la América de aquellos tiempos, sólo eran buenas para combatir con otros enemigos que no las tuvieran mejores. Los guerreros llevaban una especie de corazas de algodón, de tres centímetros de espesor, que protegían el cuerpo desde el cuello hasta la cintura. Los soldados manejaban con destreza una maza hendida, con la que lanzaban piedras con tanta fuerza como si fueran tiradas con honda. Conocían el broquel ó escudo ovalado, la espada de dos filos, y las picas de quince ó diez y seis piés de largo, que terminaban en una punta de corte muy afilado. Pero el arma más peligrosa en manos de los aztecas, era un dardo que sabían lanzar con una destreza maravillosa, y con el cual atravesaban á un hombre de parte á parte. Al extremo de este dardo estaba atado un largo cordón, por medio del cual lo retiraban con prontitud para lanzarlo de nuevo. Los mismos españoles tenían esta arma mortífera, contra la cual no siempre les resguardaban sus corazas de hierro.

La historia de la conquista prueba que los mejicanos no tuvieron la menor idea de lo que ahora se llama orden de marcha, orden de batalla, evolución, táctica y disciplina: se arrojaban en masa sobre el enemigo, y volvían á la carga en tanto que no se desalentaban. No era menester mucho para que perdieran el ánimo: la muerte de un general, la toma del estandarte real los llenaba

de terror, y se declaraban en huida en el mismo instante en que debían creerse más fuertes. Malísimos soldados en campo raso, se batían con denuedo detrás de sus murallas, en lo alto de sus torres, ó sobre las plataformas de sus templos; allí era preciso matarlos para vencerlos. Los aztecas sabían sacar partido de los accidentes del terreno, y transformar alturas naturales en fortalezas, construyendo varios recintos de muros elevados de distancia en distancia, desde la base de la montaña hasta su cima. Las pirámides de Cholula y de San Juan de Teotihuacan, las construcciones de Xochicalco, etc., fueron á la vez edificios religiosos y plazas fuertes. Los restos de algunas de sus fortificaciones que se han conservado hasta nuestros días, prueban que los pueblos del Anahuac eran ménos ignorantes de lo que se les supone en el arte de la defensa, más perfeccionado entre ellos que el del ataque.

CAPITULO II.

LA CONQUISTA.

Descubrimiento de Nueva España ó Méjico.—Proyectos y preparativos para la conquista.—Hernán Cortés.—Su expedición.—Fundación de Veracruz.—Marina.—Guerra con los tlascaltecas.—Motezuma II.—Prisión de Motezuma.—Expedición de Narváez.—Muerte de Motezuma.—Batalla de Otumba.—Sitio y toma de Méjico.

I.

Remediados en parte los graves males que afligían á España y sus posesiones de América con el reinado de Carlos I, se reanimó el espíritu de conquista de los españoles en el Nuevo Mundo, volviendo á agitarse con gran entusiasmo el pensamiento que ya anteriormente habían abrigado algunos españoles, del descubrimiento de nuevas tierras no muy lejanas á las ya encontradas por el bravo marino Cristóbal Colón. Las noticias que de tales países trajeron á España los pocos soldados que escaparon de la intentada conquista del Yucatan por el intrépido Francisco Fernández de Córdoba, alentaron más y más el ánimo de los españoles, y bien pronto el activo y ambicioso

Diego Velázquez, capitán de la isla de Cuba, dispuso que se preparasen tres bajeles y un bergantín, con todo lo necesario para llevar adelante aquella atrevida empresa.

Juan de Grijalva, cuyo nombre habíase ya hecho harto conocido por su arrojo y singulares conocimientos en la marina, fué nombrado cabo principal de la expedición, y capitanes de la misma Francisco Montejo y Alonso Dávila. El 8 de Abril de 1518 se hicieron á la mar con doscientos cincuenta soldados, incluyéndose en este número los pilotos y marineros, y en pocos días arribaron y se hicieron dueños del paraje de Potonchan ó Champoton, en donde fué muerto con casi todos los suyos el valiente capitán Fernández de Córdoba. Continuando despues su rumbo, descubrieron una dilatada costa sembrada de multitud de pueblos, cuyos edificios tenían grande semejanza con los de España, y de aquí el haber dado á aquella costa el nombre de Nueva España. La afortunada tripulación se dirigió despues al río Tabasco, uno de los más caudalosos que desembocan en el golfo mejicano, y que desde entónces tomó el nombre de río de Grijalva, desde el cual tuvieron ocasión de apreciar en cierto modo las grandes riquezas que debieran esperarse de aquellos países.

Sin dejar su derrotero, llegaron más tarde al río que llamaron de Banderas, en donde Juan de Grijalva, despues de haber recibido al desembarcar cuantiosos regalos de los indios que habitaban en las márgenes del citado río, pudo saber que aquellas tierras eran dependientes del rey de Méjico, Motezuma, cuyos Estados, además de sus grandes dimensiones, eran los más ricos y florecientes de toda la América.

Estas noticias decidieron á Grijalva á pedir mayores auxilios á Diego Vázquez, con el fin de asegurar los países ya descubiertos y apoderarse de aquellos otros de Motezuma; con lo cual, y despues de haber descubierto la isla de San Juan de Ulúa, se volvió con sus naves á Santiago de Cuba, arribando en aquel puerto el 15 de Noviembre del citado año. Los regalos presentados por Grijalva al gobernador ó capitán de la isla, y la relación que hizo al mismo de las riquezas que